



TIEMPO DE MEMORIA

Miguel Ángel Villena

BERLANGA

Vida y cine de un creador irreverente

XXXIII PREMIO COMILLAS

Luis García-Berlanga (Valencia, 1921-Pozuelo de Alarcón, 2010) dirigió a lo largo de su carrera diecisiete largometrajes, entre los cuales se cuentan obras maestras como *Bienvenido*, *Mister Marshall*, *Plácido*, *El verdugo*, o, en años posteriores, la hilarante serie iniciada con *La escopeta nacional*. Con una sensibilidad particular para retratar la picaresca valiéndose del esperpento y de una irónica ternura, Berlanga consiguió sortear los embates de la censura y abrir con su cine una personalísima vía de crítica social, y que ha dado lugar a la categoría de *berlanguiano*. Creador de historias y personajes inolvidables, el director valenciano llevó a las pantallas un mundo propio, en el que, junto a una penetrante mirada sobre las realidades colectivas, destaca una erotomanía y un imaginario femenino obsesivo y, sin duda, polémico.

Cuando se cumplen los cien años del nacimiento del genial director, la biografía que ha escrito Miguel Ángel Villena, brillante merecedora del XXXIII Premio Comillas, explora todas las facetas, vitales y artísticas de un creador indispensable para entender la segunda mitad del siglo XX en España.

Índice

Prólogo

1. El mundo visto desde una pastelería
2. De la batalla de Teruel al frente ruso
3. Una pareja no tan feliz
4. Americanos, os recibimos con alegría
5. Noviazgos a la vista
6. Cine bajo el franquismo, entre la disidencia y la censura
7. Siente un pobre a su mesa
8. El verdugo, claves de una obra maestra
9. Dos pasos en falso hacia el cine comercial
10. Las mujeres como obsesión
11. De la dictadura a la democracia como esperpento
12. Una mirada tragicómica sobre la Guerra Civil
13. Gloria y declive de un veterano

14. De vuelta a casa, un profeta en su tierra

15. Una bicicleta vieja como testamento

16. El cineasta sin memoria que siguió en la nuestra

Apéndices

Bibliografía

Agradecimientos

Fotografías

Notas

A Valencia, la ciudad natal de Luis García-
Berlanga y la mía
A Utiel, el pueblo de sus abuelos paternos
y de mis abuelos maternos

Prólogo

El nieto de don Fidel

Supe de la existencia de Luis García-Berlanga mucho antes de ver sus películas y admirar su cine. Me explicaré: los abuelos paternos del cineasta y mis abuelos maternos procedían de Utiel, un pueblo agrícola del interior de Valencia ya casi en el límite con Cuenca. Desde que era un niño mi familia pasó los interminables veranos de mi infancia y adolescencia en aquella localidad, cuando sus calles estaban más transitadas por carros que por tractores, cuando todavía se compraban barras de hielo en las carnicerías para mantener frescas unas rudimentarias neveras, cuando los jóvenes despertábamos a la sexualidad en aquellos bailes de domingo en un frontón. La calle que conducía a nuestra casa desde el centro del pueblo estaba dedicada a un tal Fidel García Berlanga, don Fidel para todos los viejos del lugar, que recordaban a aquel prócer, mitad cacique y mitad benefactor, que fue alcalde de Utiel y presidente de la Diputación de Valencia e impulsó el cultivo y la industria del vino que hicieron prosperar a la comarca allá por los finales del siglo XIX y comienzos del XX. Muy curioso como yo era desde pequeño, no en vano acabé dedicándome al periodismo, preguntaba a mis abuelos, una y otra vez, por los méritos de aquel don Fidel al que Utiel había dedicado una de sus calles principales. Cuando respondían a mis insistentes preguntas, mis abuelos solían recordarme también que el nieto de don Fidel

era un famoso director de cine de nombre Luis García-Berlanga. Corrían los años sesenta y el entonces joven Berlanga ya había firmado películas muy populares que, con el paso del tiempo, se convirtieron en obras maestras como *Esa pareja feliz*, *Bienvenido*, *Mister Marshall*, *Plácido* o *El verdugo*. Mi madre, que siempre fue muy cantarina y tuvo buen oído musical, tarareaba con frecuencia aquel estribillo tan popular de «Americanos, os recibimos con alegría».

Luis García-Berlanga Martí no había nacido en Utiel, sino en Valencia un 12 de junio de 1921, cuarto hijo del matrimonio formado por José García-Berlanga Pardo (que unió los dos apellidos para seguir la carrera política de su padre) y Amparo Martí Alegre, descendiente de un comerciante aragonés que se había instalado en la capital valenciana tiempo atrás y había fundado una de las mejores pastelerías de la ciudad: el Postre Martí. Situada en pleno centro, a escasos metros del Ayuntamiento, aquella pastelería fue uno de los escenarios de la infancia de Luis y, con toda seguridad, su perspicacia para captar los comportamientos humanos se formó en aquellos dulces escaparates y tras unos elegantes mostradores de madera mientras observaba a los clientes con unos avispados ojos azules y escuchaba las conversaciones con sus grandes orejas. Durante décadas y hasta los años cuarenta, aquel establecimiento alcanzó tal fama y prestigio que mis padres, devotos del cine de Berlanga, se referían al director como el hijo del Postre Martí. En una palabra, Berlanga entró en mi vida a través de mi familia, que mostraba su alegría cada vez que Televisión Española, la única en aquella época, pasaba algún filme de nuestro paisano. Como era su costumbre, mi padre intentaba inútilmente avivar los recuerdos de mi madre al tratar de identificar la sala de cine en la que vieron *Bienvenido*, *Mister Marshall* o *Plácido*. Como tajante respuesta mi madre solía contestar: ¿por qué no nos dejáis ver la película, que no nos enteramos de los diálogos?

Heredé la afición cinematográfica de mis padres, a lo que contribuyó que en la planta baja de nuestro piso en Valencia hubiera una sala, el cine Price, de aquellas de sesión continua con tres películas que se proyectaban desde las cuatro de la tarde hasta la una de la madrugada. Mi padre alentó además mi afición con sus permisos para ver en la tele algunas películas marcadas con rombos, es decir, no recomendadas para menores. Alguna que otra pesadilla nocturna mía, tras ver algún filme de terror la noche anterior, provocó más de una discusión entre mi padre, más indulgente y liberal, y mi madre, más estricta y prudente. Durante los veranos utielanos, uno de mis placeres favoritos era acudir por las noches al cine al aire libre, donde descubrí las películas de piratas, los *westerns*, las comedias o los musicales de Marisol y Joselito. Llegaron más tarde los cineclubs universitarios, donde mis amigos y yo acudíamos embelesados a descubrir la Nouvelle Vague francesa, el cine independiente norteamericano, el Free Cinema británico, los filmes metafísicos y tortuosos de Ingmar Bergman o las obras de Luis Buñuel o de Carlos Saura, un tanto crípticas, pero sugerentes, para aquellos jóvenes antifranquistas. Así pues, el cine se convirtió en una pasión y también en una liturgia para toda una generación, hasta el punto de que en una ocasión una pareja de progres de la época, con sus uniformes correspondientes, comentaron al observarnos vestidos quizá un poco de pijos: «¡Mira estos!, ¡cómo vienen a ver a Bergman!». En una de aquellas sesiones me impresionó, todavía hoy lo recuerdo con nitidez, el pase de *El verdugo* y, en especial, su estremecedora secuencia final de alegato contra la pena de muerte. Creo que fue entonces cuando asocié al nieto de don Fidel y al hijo del Postre Martí con uno de los mejores directores de la historia del cine español. Por aquella época, atrevimientos de la juventud, había comen-

zado a escribir críticas cinematográficas en una guía de Valencia llamada *Diverama*, y mis padres me habían regalado una enciclopedia ilustrada del cine.

Gracias a mi pasión por el cine, y también por la literatura o el teatro, logré convertir una afición en una profesión: el periodismo. A pesar de que mis intereses fueron al principio bastante dispersos o versátiles, como prefieran llamarlos, poco a poco me fui decantando hacia el periodismo cultural y pude así cumplir mis sueños de cubrir festivales de cine y de teatro o de entrevistar a cientos de escritores, actores, directores, músicos y artistas de todo tipo. Llegó un momento en que las fronteras entre el trabajo y el ocio se fueron confundiendo, porque leer, ver cine o escuchar música suponían una obligación, pero sobre todo un placer, una fuente inagotable que saciaba mi curiosidad. Desgraciadamente nunca conocí a Berlanga en persona más allá de haber cubierto alguna conferencia de prensa o algún coloquio público en el que participara el maestro, enviado por el periódico *El País* en el que trabajé durante veinticinco años. Pero tal vez esa deseable distancia con el personaje biografiado me haya permitido acercarme ahora con más rigor y sin prejuicios a su figura. Entretanto, he visionado en multitud de ocasiones sus películas en las salas, en la televisión, en los DVD y, por último, en las plataformas. Desde *Esa pareja feliz* a *París-Tombuctú*. En cualquier caso, Berlanga seguía presente de algún modo en mi vida cotidiana, porque compañeros y amigos solían acordarse de mi condición de valenciano cuando visionaban un filme del director. Al parecer, asociaban unas señas de identidad comunes entre paisanos que comparten una visión del mundo, una actitud hedonista y ruidosa; gente amante de las bromas entre la acidez y la ternura, a veces un tanto soeces, incluso horteras; tipos capaces de seguir a una banda de música bailando por la calle, sin pudor ni vergüenza, o de contemplar extasiados unos fuegos artificiales. Por cierto, pocas son las películas del ma-

estro en las que no aparecen una banda de música o un castillo pirotécnico. Cuando le preguntaban a Berlanga qué influencia tenía su carácter inequívocamente mediterráneo en su cine, el director solía contestar que existía una común «biología marina» en todos aquellos que habían nacido a orillas de ese mar. No cabe duda de que si el lugar de nacimiento y, sobre todo, los años de formación de la personalidad imprimen carácter, el ejemplo de Luis García-Berlanga resulta bien significativo.

Pero aquella curiosidad por saber quiénes eran de verdad don Fidel García Berlanga y su nieto no se agotó con el paso del tiempo, sino todo lo contrario. Siempre quise saber de dónde había surgido el genio de uno de los mejores caricaturistas de la España del siglo XX, en qué se inspiraba Berlanga para sus guiones y sus personajes, qué influencias recibió, qué hombre se ocultaba tras el personaje de un artista con aires indolentes y sonrisa pícaro, cuáles fueron los sueños ocultos de un anarquista burgués y erotómano, como se definía a sí mismo, cómo fue capaz de elevar historias locales a la categoría de parábolas universales. Esta biografía que tienen ahora entre las manos supone el intento de responder a esos interrogantes sobre un artista tímido y sociable a la vez, gran seductor, voraz lector, un misógino obsesionado con las mujeres y, sobre todo, un enamorado del cine, de la fascinación por contar historias a través de imágenes proyectadas en una pantalla. Durante dos años he vuelto a visionar todo su cine, leído una extensa bibliografía, rastreado reportajes en periódicos y televisiones, entrevistado a una treintena de personas y visitado escenarios clave de su vida para trazar el perfil profesional y privado de un genio que, como todos, está dibujado por luces y por sombras. Entre los libros consultados destacan los dos de memorias publicados por el cineasta, uno en colaboración con Antonio Gómez Rufo, *La biografía*, otro junto con su amigo y colega Jesús Franco: *Bienvenido Mister Cagada*. De extraordina-

ria utilidad para cualquier investigación sobre el cineasta ha sido el Berlangua Film Museum, un museo virtual donde se incluyen resúmenes de todas sus películas y entrevistas con el director. Me preocupaba asimismo saber hasta qué punto la obra de Berlangua, uno de los pocos directores españoles que ha consagrado un adjetivo (berlanguiano) que la Real Academia Española ha aceptado recientemente, ha envejecido bien ahora que se cumple el centenario del nacimiento del cineasta y han transcurrido más de veinte años desde que rodara su última película. Creo poder afirmar que Luis García-Berlangua, que se definía siempre como un tipo contradictorio y sostenía que la vida se regía por la biología y por la economía, ocupa un lugar de honor entre los grandes cronistas del siglo XX español y que las nuevas generaciones tienen que acudir necesariamente a su cine si quieren comprender el país en el que viven. Desde su insobornable independencia, desde su disidencia frente al poder, desde su talento y su lucidez, Berlangua fue uno de los grandes testigos de su época y lo que vio lo contó en imágenes tan actuales como las de *Plácido*, *El verdugo*, *La escopeta nacional* o *Todos a la cárcel*. Con ustedes, Luis García-Berlangua.

Mallorca, septiembre de 2020

1

El mundo visto desde una pastelería

Luis García-Berlanga Martí nació en Valencia en 1921 en una familia de terratenientes agrícolas por parte paterna y de comerciantes por parte materna. Se asomó al mundo tras los mostradores y escaparates de El Postre Martí, una de las pastelerías más famosas de la ciudad, propiedad de la familia de su madre. En la foto, el día de su primera comunión.

© Colección García-Berlanga.

Luis García-Berlangua se asomó al mundo desde el mostrador de una pastelería del centro de Valencia. Su madre, una mujer morena y risueña de orígenes turolenses, pertenecía a la familia propietaria del Postre Martí, el mejor establecimiento de repostería de la capital valenciana durante décadas y al que acudían las familias burguesas a comprar fruta confitada, carne de membrillo o golosinas de lujo, como rezaba la publicidad de la pastelería. En un cartel anunciador del Postre Martí aparecía un cocinero orondo que mostraba una succulenta tarta en forma de pirámide. Fundada en 1868 por Tomás Martí, abuelo materno del cineasta, aquella impresionante pastelería, situada en la actual plaza del Ayuntamiento, con amplios escaparates acristalados y hasta una pila de mármol en su interior para que los clientes se lavaran las manos tras degustar los dulces, permaneció abierta hasta los años cincuenta del pasado siglo. No cabe duda de que aquel niño alto, desgarbado y larguirucho, de enormes orejas y ojos azules bien abiertos, de cabello rizado, desarrolló sus dotes de observación en aquella tienda por la que desfilaban gentes de todo tipo, en especial, de esas clases medias y altas que tan magistralmente retrataría más tarde en sus películas.

Si por el lado materno, Luis García-Berlangua Martí, nacido en Valencia el 12 de junio de 1921, procedía de una familia de comerciantes llegados del Bajo Aragón, por el lado paterno descendía de una saga de políticos y terratenientes del vino de las comarcas valencianas del interior. Su abuelo paterno, Fidel García Berlangua (Camporrobles, 1859 - Utiel, 1914), fue sucesivamente alcalde de Utiel,

presidente de la Diputación de Valencia y diputado del Partido Liberal-Demócrata, al principio a las órdenes de Práxedes Mateo Sagasta y más tarde en la facción de José Canalejas, por el distrito de Requena-Ayora en tiempos de la Restauración y del turno. En sus memorias, *Bienvenido Mister Cagada*, el cineasta recuerda: «Mi nacimiento, casero como era siempre en aquella época, fue el 12 de junio de 1921 en Valencia, el mismo día del desastre de Annual en Marruecos. Mientras los moros lo celebraban, mi casa se llenaba de familias de Utiel y Requena, feudo político de mi abuelo y ya de mi padre, en esa fecha; unos venían a celebrar mi nacimiento, los más en busca de posibles víctimas de parientes y amigos, preocupados por lo que les hubiera pasado en aquella terrible batalla». No obstante, Berlanga se equivoca al dar la fecha de la terrible derrota militar de Annual, ya que aquella batalla, en la que murieron entre 7000 y 13.000 soldados españoles, según las distintas fuentes, se produjo el 22 de julio. No sabemos, pues, si Berlanga en las gráficamente subtituladas *Memorias caóticas*, de su *Bienvenido Mister Cagada*, dictadas a su amigo Jesús Franco, o bien no comprobó los datos, o bien jugó con el efectismo de hacer coincidir su nacimiento con un acontecimiento histórico tan relevante que evidenció la crisis del sistema de la Restauración, desprestigió al Ejército y precipitó en septiembre de 1923 el golpe militar de Primo de Rivera. De este modo, Annual representó el episodio más terrible de la guerra de Marruecos para las tropas españolas y desencadenó una oleada de indignación popular contra aquel conflicto. La incompetencia militar del general Silvestre y otros altos mandos, junto a la sagacidad y el conocimiento del terreno de los rebeldes rifeños, liderados por Abd el-Krim, provocaron aquella carnicería. Este desliz en las fechas del director valenciano no es el único que cometió, ni mucho menos. Tanto en sus memorias como en entrevistas periódicas, Berlanga no se preocupó demasiado de la exacti-